

Mary Luz Estupiñán Serrano

**Oswaldo Estrada. *Ser mujer y estar presente. Disidencias de género en la literatura mexicana contemporánea***

México: UNAM, 2014. 308 pp.

Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile.

Actualmente adelanta un proyecto postdoctoral Fondecyt, adscrito a la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE, Chile). Dentro de sus publicaciones se cuentan la edición de *El ABC del neoliberalismo* (Communes, 2016), la co-traducción de *Figuras de la violencia. Ensayos sobre narrativa, política y música popular*, de Idelber Avelar (Palinodia, 2016) y *Una literatura en los trópicos, ensayos de Silvano Santiago* (Escaparate, 2012). Correo electrónico: maryluzestupinan1@gmail.com

La escritura de esta reseña ha sido realizada en el marco del proyecto Fondecyt Iniciación N° 11140881, del cual la autora es la investigadora responsable.

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>



¿TIENE SEXO LA escritura?, se preguntaba Nelly Richard a inicios de los años noventa, y para responder a dicha interrogante establecía una diferencia entre la literatura escrita por mujeres y la feminización de la escritura. Dentro de la primera ubicó a aquellas mujeres que en sus producciones se limitan a reforzar los roles, lugares, espacios y ocupaciones asignados a su género por la cultura y la sociedad, mientras en la segunda categoría ubicó a todas aquellas y aquellos que buscan interrumpir esa asignación preestablecida. Esta distinción no era ni sigue siendo azarosa, puesto que la relación existente entre mujeres y escritura ha sido un tópico que desde los años setenta ha ocupado a críticas y críticos de diversos lugares, del mismo modo que la relación presente entre mujeres e intelectualidad ha ocupado a un número cada vez más grande de mujeres desde los albores del siglo XX. Sabemos bien que estos vínculos no han sido lineales ni transparentes y que ser mujer-escritora no indica nada en sí mismo. De hecho, las mujeres también escriben “malas” novelas al decir de Bernardo Subercaseaux. Pero también es cierto que esas relaciones han sido difíciles de textualizar y, sobre todo, de legitimar. Cada sociedad ha trillado su propio camino.

Hay quienes arguyen que la discusión dada en términos de género pertenece al siglo que acabamos de dejar y, por tanto, preguntarse por el sexo de quien escribe resulta irrelevante, pues lo que debe importar, dicen, es el rigor literario. Es más: la pregunta de Richard, veinticinco años después, pareciera extemporánea o anacrónica. También pareciera distante una conocida afirmación de Elena Poniatowska que, a mediados de los años ochenta, constataba que “todavía no se da entre las mujeres la toma de la literatura”. No obstante, en los dos mil, refiriéndose a lo que ha significado para ella ser escritora e ingresar en la república masculina de las letras, Cristina Rivera Garza comenta: “para mí, el asunto siempre estuvo signado por comentarios tipo ‘pero es que escribes tan bien que casi pareces hombre’” (23). Lejos de lo que pudiéramos desear, el testimonio de Rivera Garza no es excepcional; este, tal como asistiremos en el libro que aquí comentamos, encuentra eco en otra narradora contemporánea: Rosa Beltrán, de modo que ese *todavía*, al que refería Poniatowska en los ochenta, tiene carga de presente en el naciente siglo.

Entonces, cuando las mujeres escritoras tienen que seguir justificándose en tanto tales, hay algo que aún no se completa. Cuando el tratamiento dado a los escritores es diferente al otorgado a las escritoras en los certámenes literarios, algo sigue mal. Cuando los casos protagonizados por mujeres escritoras son resueltos de manera distinta de acuerdo al sexo, indica que la cuestión de género sigue siendo una discusión vigente. Para la muestra un botón: el secuestro de Nellie Campobello a inicios de los ochenta no llamó la atención prácticamente de

nadie en su momento. Por lo mismo, Elena Poniatowska no dudó en hipotetizar que si el secuestrado hubiera sido un escritor varón, México entero se hubiera movilizadado en busca de su paradero, pero como el flanco fue una mujer, debieron pasar diez años para que alguien se interesara por esclarecer los hechos. A medida que avanza el siglo XXI, el motivo del cuadro parece desvanecido; sin embargo, cuando las violencias continúan territorializándose preferentemente en los cuerpos de las mujeres, hay un duro tronco que sigue sin derrumbarse.

Es por eso que *Ser mujer y estar presente*, de Oswaldo Estrada, es un libro oportuno. Oportuno en un México y una América Latina en donde la violencia sigue siendo el lenguaje más explícito de la dominación masculina. La violencia se inscribe en el cuerpo de las mujeres de Ciudad Juárez, como bien lo ha indicado Rita Laura Segato, pero también en los feminicidios, cada vez más denunciados a lo largo de todo el continente, para expresar una rearticulación de su añeja matriz patriarcal. Aquí la urdimbre que se teje entre relaciones patriarcales, relaciones geo-biológicas y relaciones de poder paraestatal hace que las agendas feministas tengan desafortunados ires y venires, tiempos y destiempos. Este escenario actualiza las palabras que pronunció Rosario Castellanos cuando observó que los cambios superficiales de las sociedades no pueden obnubilarnos: hay que atacar la raíz. Es por ello que el vínculo que existe entre las mujeres y la escritura, entre las mujeres y la intelectualidad, sigue dando de qué hablar en la literatura contemporánea.

Entrando en materia, los artículos reunidos en *Ser mujer y estar presente* indagan este doble vínculo. Aquí el *ser mujer* se relaciona con la creación de identidades polivalentes que pretenden la interrupción de los moldes establecidos, mientras el *estar presente* se refiere al acto de marcar presencia en tanto intelectuales. En tal sentido, es imposible no dejar de pensar en las palabras con las que Rosario Castellanos se refiere a otros autores; palabras que Estrada usa como epígrafe en la introducción: “Hay libros, autores a los que se ve uno obligado a regresar siempre, porque su vigencia no decae, porque su lección es siempre oportuna, porque su ejemplo no pierde validez” (cita proveniente de *Esplendor y miseria*, de 1965). Ellas mismas deben ser aplicadas a su lugar y figura en las letras no solo mexicanas sino también latinoamericanas. Y no es otro el objetivo que el autor se propone en el artículo dedicado al estudio de su escritura ensayística y ficcional. Asimismo, restituir los lugares simbólicos de las mujeres intelectuales en la historia es uno de los propósitos que emparentan las obras de Carmen Boullosa, Mónica Lavín y Rosa Beltrán, analizadas en el volumen. A este gesto de restitución también contribuye el crítico al partir con el estudio de la obra de Nellie Campobello y sus fragmentos de revolución.

El libro es en rigor un estudio de nueve escritoras mexicanas nacidas en el siglo XX, cuyos énfasis están puestos en las disidencias de género, en la dislocación de representaciones hegemónicas y en la formulación de nuevas subjetividades. Consta de tres apartados y cada uno agrupa, a su vez, a tres escritoras en torno a un eje que las aproxima en el tiempo. No obstante, cada autora es presentada en un texto independiente en el que se va estableciendo una multiplicidad de relaciones entre las estrategias y técnicas de escritura de las nueve firmas trabajadas, lo que permite que el lector o la lectora pueda ir armando sus propios mapas de relaciones. Este gran abanico de posibilidades es factible gracias a que el autor aborda una heterogeneidad de formatos escriturales: novela, cuento, poesía, crónica y ensayo.

Nellie Campobello, Rosario Castellanos y Elena Poniatowska se aproximan en torno a los “Debates del silencio y la palabra”. Por su parte, Carmen Boullosa, Mónica Lavín y Margo Glantz articulan “Historias, cartas y cuerpos”, mientras Rosa Beltrán, Cristina Rivera Garza y Guadalupe Nettel postulan “Disidencias de identidad”.

Sin embargo, ¿qué tienen en común Rosario Castellanos y Elena Poniatowska? En principio, fueron ellas las primeras en quebrar ese modelo elitista a partir del cual la clase dominante concebía y representaba al otro. Empiezan así a explorar el punto de vista del sujeto colonizado y subordinado, siendo el ensayo y la crónica urbana la (su) forma de registro por excelencia. Son, por tanto, unas de las figuras señeras en dibujar esos rostros excluidos e inferiorizados.

Margo Glantz es otra de las escritoras mexicanas que han sabido abrir paso a concepciones diferentes del deseo y del erotismo femenino pues, como bien afirma el crítico, “sus ensayos y novelas subrayan las fisuras de representaciones totalizantes y absolutas de los cuerpos, en pro de identidades que van más allá de lo físico y lo corporal” (192). En esta misma vía, tenemos recientemente la escritura de Cristina Rivera Garza y de Guadalupe Nettel, quienes se sumergen en los espacios contemporáneos de exclusión para quebrar las nociones de normalidad y belleza que acompañan y alimentan una construcción patriarcal del mundo. Aquí la red se teje entre Castellanos, Poniatowska, Glantz, Rivera Garza y Nettel. No obstante, los lectores y lectoras también pueden hallar al interior de estas páginas una trama de relaciones con múltiples entradas: Lavín, Boullosa, Castellanos y Poniatowska. Glantz, Boullosa, Castellanos, Rivera Garza y Beltrán. Rivera Garza, Boullosa, Glantz, Lavín y Beltrán. Beltrán, Boullosa y Lavín.

Y es que las estrategias no dicen tanto del exceso, la hiperbolización y la ortopedia, como de las transgresiones, a veces, sutiles y, en principio, ambivalentes en términos de representaciones; de las desobediencias subjetivas que luego se

desplazan hacia la crítica frontal de nociones dominantes (normalidad, belleza, cuerpo); de las propuestas de restitución simbólica, tales como las formula Mónica Lavín en “Los enigmas de Sor Juana”, y de las propuestas de suspensión, como es caso del anacronismo que propone Carmen Boullosa en tanto modo de interrupción de la circularidad y del determinismo del tiempo. Estas y otras estrategias empleadas por las autoras quedan bien explicitadas en cada artículo.

Valga aclarar, finalmente, que *Ser mujer y estar presente* no es un estudio comparativo, puesto que lo que interesa relevar al crítico de estas mujeres escritoras es su talante contrahegemónico y la construcción de una comunidad intelectual de base y apoyo entre las escritoras mexicanas contemporáneas.

Por último, resta señalar que, como bien lo muestra Oswaldo Estrada en este libro, las transformaciones de prácticas y mentalidades, en términos de género, no han sido uniformes y menos progresivas en la literatura mexicana del siglo XX y lo que va del XXI. Por ello es necesario seguir indagando esos vínculos entre mujeres y escritura, y mujeres e intelectualidad en la literatura contemporánea, pero no para constatar el sexo de quien escribe, y con ello contraargumentar que las mujeres *también* escriben bien, ni tampoco para constatar una simple paridad en el mundo literario, sino para interrumpir, suspender y diezmar cada vez más el orden patriarcal. Aquí radica la mayor contribución del libro, pues además de verificar que la herida sigue abierta, sus estudios arrojan luces sobre las estrategias que las escritoras urden en aras de dismantelar el tronco y sus molares ramas.